



ARTE

# Benjamín Palencia o el amor a la tierra

*Soledad Gabriel y Galán*

**Y**o he hecho paisaje porque en la tierra he encontrado un ser vivo, personal, incandescente, porque no tengo que disimular que mi amor está nutrido con nutrimento de árboles, ríos y montañas, porque la tierra me ha ofrecido hallazgos ardorosos, en luz nunca aparecida.» Son palabras de Benjamín Palencia (1894-1980) reveladoras de lo que sería el espíritu que impregnaría su obra. Sin embargo, al asociar Palencia/paisaje, no hay que hacerlo de manera simplista o académica, todo lo contrario, el pintor albaceteño, o más concretamente barrajeño, fue un auténtico revulsivo en la concepción paisajística del primer cuarto de siglo, un hombre interesado en la vanguardia, en el Arte Nuevo, esto es, en su momento.

La evolución pictórica de Benjamín Palencia pasará por muy diversas etapas o períodos, siempre atento a lo que se hacía dentro y fuera de nuestras fronteras. Si bien van a ser sus obras de madurez las que con mayor insistencia pervivan en el recuerdo, debido también a los reconocimientos oficiales de que fueron objeto, no debe olvidarse su producción anterior a la guerra civil, en la que el estudio, investigación y osadía se conjugaron plásticamente iniciando caminos que otros habrían de seguir después.

Autodidacta nato, Palencia se trasladaría muy joven a Madrid bajo la tutela de Rafael López Egóñez, quien le brindó la oportunidad de poder entrar en contacto con el ambiente cultural más selecto de la época. Así nacerá una entrañable amistad con Juan Ramón Jiménez, entre otros, quien prologa y edita su primer libro de dibujos, «Niños» (1923), compuesto por figuras de trazo simple y sintético, donde se intuye ya una de las obsesiones primordiales del artista: su interés por lo esencial, puro y primigenio.

Fruto de la relación e intercambios entre escritores y pintores, tan característico en esos momentos, surgirán colaboraciones posteriores con Neruda, para quien ilustra uno de sus libros, con García Lorca, que le nombra director artístico de *La Barraca*, o ilustraciones y escritos para la revista de Bergamín.

Sin embargo hay que señalar que Palencia también conocía perfectamente lo que se fraguaba en Europa

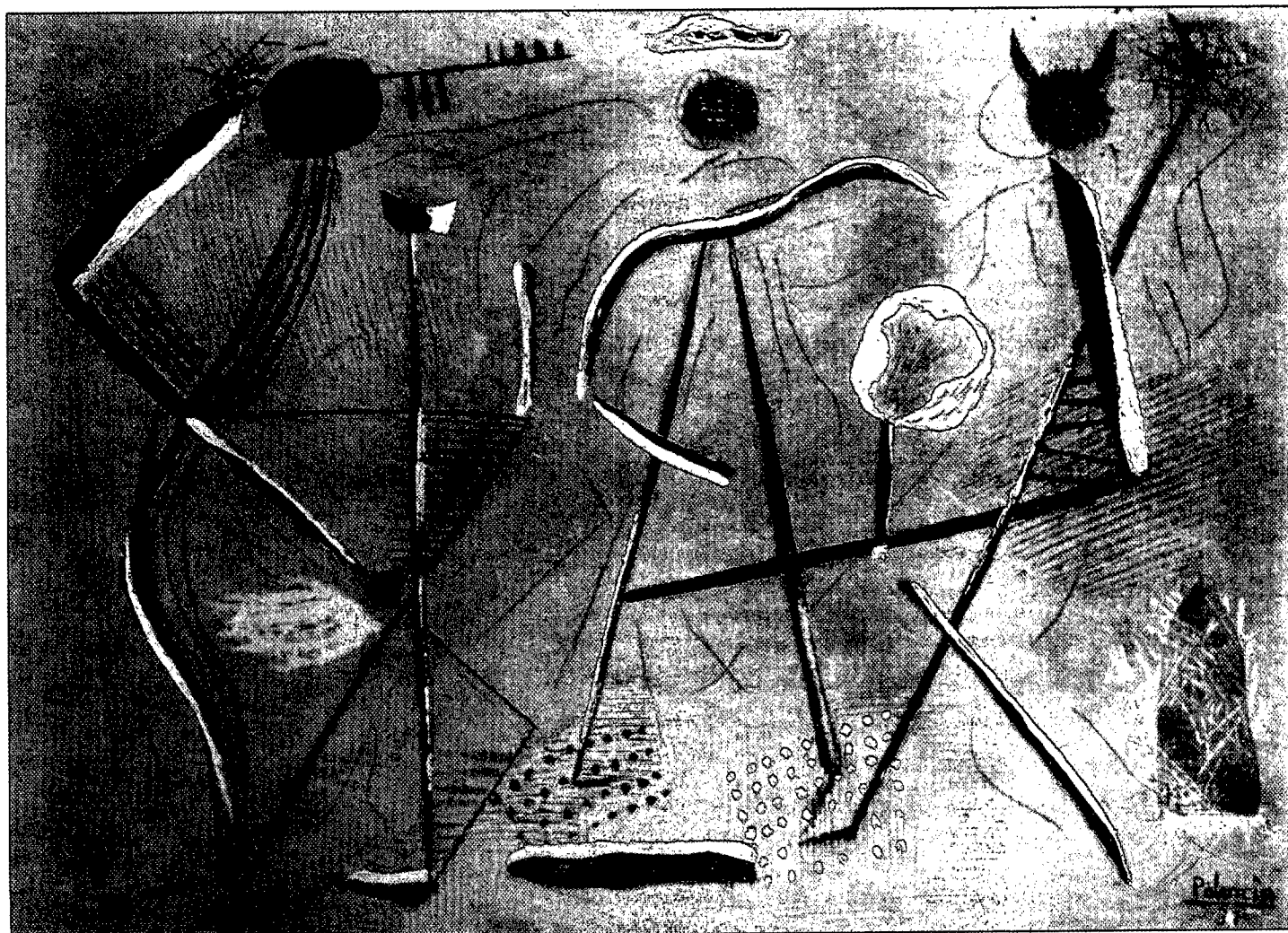
gracias a las publicaciones extranjeras que llegaban al domicilio de López Egóñez. A través de ellas y de Vázquez Díaz conoció el cubismo, que de forma personal él plasmará en bodegones coloristas y en cierto sentido matéricos.

El ser seleccionado para la Exposición de los Artistas Ibéricos (1925), baluarte de la vanguardia o Arte Nuevo, corrobora el carácter «in crescendo» que iba tomando la carrera de Palencia. Es entonces cuando viajará a París, imbuyéndose con la vista y el oído de todo lo que la capital francesa podía ofrecerle, compartiendo estudio con Francisco Bores y Pancho Cossío, asimilando distintos «ismos», alternando sus estancias parisinas con desplazamientos a Madrid o Altea, convirtiéndose en paloma mensajera relatora de las experiencias y acontecimientos que sucedían a ambos lados de los Pirineos.

Son los años del 25 al 37, aproximadamente, los que suponen la adhesión de Palencia a las vanguardias, desde el cubismo, al surrealismo, o al arte constructivo, etc., con exposiciones en Europa y América.

Pero no debe olvidarse que la vanguardia del pintor manchego estará siempre entroncada con las raíces más profundas de la cultura hispánica. En torno a estos años escribe: «el surco que abre el arado en la tierra es, para mí, concepto más plástico, más eterno y encierra más poesía que todo lo que me puedan enseñar los museos y las Academias... El hombre puro del campo, por instinto, cuando tiene que operar con el ritmo del arado, raya convirtiendo la tierra en triángulos y cuadrados, cumpliendo así una necesidad lo mismo que el artista o artesano cuando siente la necesidad de expresar sus ideas en figuraciones rítmicas».

En el 27 funda con el escultor toledano Alberto Sánchez la llamada Escuela de Vallecas, en un intento por aunar la vanguardia con la tradición y la idiosincrasia hispana, lo racial y el apego a la tierra con el surrealismo, el campo castellano visto bajo una óptica onírica. Aunque Palencia, poco antes de su muerte, no reconocía su paso por el surrealismo («nunca me hice surrealista. Rehusé esa teoría porque consideraba que vertía hacia lo literario o poético,



Signos rítmicos (1931) También titulado Figuras. Oleo sobre lienzo 65,5 x 92,5 cm. Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

y la pintura no es eso»), su obra le contradice, y muy al contrario, se le puede considerar como uno de los introductores de este estilo en nuestro país.

Exposiciones posteriores muestran unas obras muy empastadas, matéricas, que fueron objeto de gran escándalo por parte del público incapaz de entenderlas, y que en lño que se refiere a introducción de nuevos materiales y técnicas, podrían situarse como antecesoras, en ciertos aspectos, del informalismo.

Admirador de la pintura prehistórica, mesolítica, bucea también entre ideogramas que expresan la falta de artificio.

Tras la guerra civil, la pintura de Palencia sufrirá un cambio que le hará retomar supuestos más figurativos, volver al campo y al paisaje, a los retratos de campesinos de sencillez primitiva rodeados de atmósferas a la vez poéticas y veraces, pasando de etapas de economía del color a otras casi *fauvistas*, y por este camino seguiría hasta su muerte.

«Yo he corrido, como el animal hambriento, en busca de material vivo para mis pinturas. Los agujeros con olor a pólvora, llenos de piedras estáticas con esqueletos de animales fósiles, han impresionado mi sensibilidad poética. Muchas veces me he perdido en los páramos de retamas para extraer lo plástico de las piedras... Gran

sueño es para mí pintar en estas tierras aradas que se levantan inmensas con calidad de arcilla caliente, para plasmar mis formas gigantes, que yo quiero crear con la fisonomía de los caminos de Castilla, que andan en líneas rectas y ondulantes por el espacio.»

Con motivo del centenario de su nacimiento, han sido numerosas las exposiciones que han intentado acercarnos a esos momentos más velados y desconocidos de la obra del pintor castellano-manchego. En la Casa de Vacas del Retiro madrileño tuvo lugar una exposición de la obra sobre papel de Palencia, donde se pudo observar toda la evolución del artista.

Su período plenamente surrealista (1926-1936) estuvo expuesto en la galería Guillermo de Osma (Madrid), en La Nave (Valencia), y hasta el 28 de enero en Ignacio de Lassaletta (Barcelona).

Bancaja inauguró en Valencia la exposición *Benjamín Palencia y el Arte Nuevo (1919-1936)*, que posteriormente viajó al Museo de Albacete y hasta principios de febrero estuvo en Castellón de la Plana, para dirigirse a Murcia, Valladolid, Vigo, León, Santander, y finalizar en Madrid en septiembre del 95. Una oportunidad única para quienes deseen conocer de cerca a uno de los paisajistas más relevantes de nuestro siglo. ■